

legión o serlo efectivamente. Pues, con un sentido profundo, toda poesía, hasta la más difícil, es multitudinaria, o no lo es.»

El valor de una definición reside en su exactitud. La primera etapa de la poesía de Aleixandre es un comunicado sobre la situación del hombre, del poeta en el cosmos, de la posición que ocupa en el universo, de sus movimientos, de sus horribles y acerbos combates librados contra el dolor, la enfermedad y la muerte en pro del amor y de la vida. Un mapa, un diario de viaje, casi ya una transmisión directa sobre los cambios de un estado humano, de sus anhelos intensificados hasta la incandescencia en el peligro mortal. La mayor parte de los títulos de unos versos indican, a su vez, las diversas estaciones de ese azaroso viaje solitario interior: «En el fondo del pozo», «Nacimiento último», «Desierto», «Ya es tarde», «Silencio», «Después de la muerte», «Sin luz». Y podría seguir la enumeración.

Es un *mundo a solas*, el hombre es una sombra, «no existe el hombre» y, empero, exclama desde lo más profundo de la existencia humana: «No sé lo que es la muerte, si se besa la boca. No sé lo que es morir. Yo no muero. Yo canto. Canto muerto y podrido como un hueso brillante, radiante ante la luna como un cristal purísimo.»

Los versos de su tomo siguiente irrumpen de ese profundo y negro túnel. De la noche a la aurora, como él mismo escribe, es un «cántico de la luz desde la conciencia de la oscuridad». ¡Y qué júbilo humano invade el verso! Alegría, embriaguez, gozo de amor, luz, plenitud, espuma, la vida suena «en gargantas felices de las aves, los ríos, los aires y los hombres».

De la misma manera que la inconfundiblemente personal visión de El Greco es debida a que el maestro padecía de astigmatismo, en el caso de Aleixandre, estoy convencido de que ese patético y acalorado tono tan característico de la primera época de su poesía se debe, en parte, al estado febril originado por la enfermedad, a una temperatura corporal permaneciendo durablemente por encima de los 37 grados centígrados, por el acelerado latir de su corazón. Pero no sólo por eso.

Todavía lentamente y con temor, sintiendo aún en los huesos la conciencia de un peligro mortal que empieza a alejarse un tanto, se entrega a las felices alegrías de la vida. En *Sombra del paraíso* llega ya a la frontera de un nuevo y vasto dominio: a ese mundo en el que, además de él mismo y su ambiente inmediato, se hallan también otros hombres. ¿Otros hombres? La humanidad entera. Cuatro mil millones de humanos y—al ritmo que vamos—cada vez más. Ya en ese tomo se dejan sentir los primeros indicios de lo que, refi-

riéndose al cambio registrado en su poesía, él mismo califica de «una translación de enfoque y perspectiva». Conscientemente se propone tomar parte en ese largo y continuo vagabundear de la humanidad que va desde el más remoto pasado hacia el porvenir.

No soy estructuralista, no cuento ni ando midiendo las palabras. Pero tal vez no me equivoque al decir que en su poesía no aparece ni una vez la palabra porvenir. Y ello aunque en el curso de los últimos treinta años, su *mirada ya extendida* sólo ha abarcado ya el porvenir que tiene sus raíces en el ahora.

Fue un largo camino el que tuvo que recorrer hasta llegar a la frontera de la Tierra de Promisión. No es aborigen de ella. Llega de fuera y desde muy lejos. Pide un visado, pide un permiso para incorporarse a las filas. «Dejad que, también, un hijo de la espuma... pase a vuestro lado», dice a los Hijos de los Campos. No llega a los confines de ese vasto dominio en calidad de conquistador, de caudillo victorioso. Es un tímido. Tiene miedo. Y se da ánimos. «Siéntate. No mires hacia atrás. ¡Adelante! Adelante. Levántate. Un poco más. Es la vida. Es el camino... Sigue, sigue subiendo. Falta poco. Oh, qué joven eres. Qué joven, qué jovencísimo, qué recién nacido. Qué ignorante.»

En sus poemas de esa época podemos seguir con minuciosa precisión psicológica el proceso de esa decisión. «No es bueno quedarse en la orilla» —dice—. Y, luego: «Entra despacio, como el bañista que, temeroso, con mucho amor y recelo al agua, introduce primero sus pies en la espuma y siente el agua subirle, y ya se atreve, y casi ya se decide... todavía no confía... pero al fin... se entrega completo y avanza... y salta y confía... y canta y es joven.»

Y ya se halla entre ellos. Se reconoce entre los demás. Canta por todos y es su voz la que les expresa a todos. «Su voz colectiva y alzada. Y un cielo de poderío, completamente existente, hace ahora con majestad el eco entero del hombre.»

Ha llegado. Un hombre de largo caminar que camina entre los hombres.

Citan frecuentemente la famosa definición de Hegel según la cual «la libertad consiste en la conciencia de la necesidad», pero mucho más raramente esa otra, del mismo autor, que dice: «La libertad es esto: no querer otra cosa que ser nosotros mismos». Y Alexandre, en este momento de su poesía, dice: «Entra en el torrente que te reclama y allí sé tú mismo.»

Ha llegado a la libertad.

En «Vagabundo continuo» describe el largo y difícil pero ininterrumpido desfile de la humanidad hacia el porvenir. Pero entre los

que desfilan se encuentra ya él mismo. Es uno entre ellos. Alguien, uno que ha llegado a reconocer su peculiar tarea dentro de la humanidad.

Más tarde, hablando de Lope, de *Lope en su casa*, habla también de sí mismo, cuando dice: «En esa sombra impura la libertad pujante cuerpo pidió y obtuvo, garganta, lira, voces. El corazón rodante que de hombre en hombre pasa aquí se detuviera: proclamación. ¿Ventura? Oh, libertad humana que encarnación exige, por todos, y en un hombre se reconoce a veces, por todos, para todos, por la palabra misma. Por la común palabra que, dicha en uno, rueda allá, hasta el nuevo límite: la condición humana. Ventura y aventura, sin fin.»

Y es así cómo en la segunda etapa de su poesía el pensamiento central y el motivo principal lo constituye «lo humano». Para él, «la sangre que circula en sus venas (y en las nuestras) está "cargada de la ciencia humana"». Si describe una mano, es como si pintara un cartel para el Consejo Mundial de la Paz: «Oh, mano, mano humana, que fue amor, o sería. Brille el esfuerzo humano como una paz durable. Mano en otra mano dichosamente posase mientras todas las manos a esta tierra cercaran.» Al contemplar un cuadro de Velázquez, suspira: «A veces, ser humano es difícil.» Se trata de «El niño de Vallecas». «La mano que aquí lo pintó, lo acarició —y más—, lo respetó, existiendo. Pues era.»

Su humanismo es un general, generoso y rotundo *sí*. Un *sí* tan poderoso que no excluye de su esfera terrestre a nadie, salvo a aquellos pocos que responden a este *sí* con un *no* rotundo y terminante. Pero de esto, ni habla. Como tampoco habla de que es español, a no ser sólo como por casualidad, pudorosamente y como si no tuviera importancia alguna, «a los setenta años» («Abrí los ojos y cielo era Castilla. Abajo entre los hombres eché a andar»). Porque este poeta, a pesar de su nunca velada simpatía por la República, a pesar de haber escrito más romances para ayudas, durante la guerra, a la causa republicana, nunca habla, nunca dice una sola palabra de política en sus versos. Se halla muy alto por encima de la política. Al hablar sobre su persona y su poesía parece una nimiedad mencionar, en el sentido generalmente aceptado, el concepto de la poesía social. Aún cuando no lo mencione, habla siempre y únicamente de la condición humana, que es en su lenguaje, y en el nuestro, una idea mucho más subversiva que la libertad misma. Puesto que incluye a ésta.

Tanto es así, que aquel censor que de la dedicatoria de una joven poeta borró el nombre de Vicente Aleixandre, sabía muy bien lo que se hacía. Porque el apacible, suave, intemporal pero irreductible hu-

manismo de Aleixandre, sin incitar a rebelión alguna, incita a la rebelión por un mejor vivir, por la victoria de la condición humana, más que todos los cantos guerreros de un Tirteo.

Su propia condición humana, forjada en la reclusión de su *mundo a solas*, abierta de par en par, más tarde, hacia los demás, no conoce límites impuestos ni por el espacio ni por el tiempo. Ignoro si a esto es debido el que le fuera adjudicado el Premio Nobel, pero sé muy bien que se lo había merecido.

Este joven anciano, este hombre entre los hombres, humano entre los humanos, pintó su retrato a las alturas de sus setenta años de edad y nos legó su testamento escrito.

COMO MOISES ES EL VIEJO

Como Moisés en lo alto del monte.

*Cada hombre puede ser aquél
y mover la palabra y alzar los brazos
y sentir cómo barre la luz, de su rostro,
el polvo viejo de los caminos.*

*Porque allí está la puesta.
Mira hacia atrás: el alba.
Adelante: más sombras. ¡Y apuntaban las luces!
Y él agita los brazos y proclama la vida,
desde su muerte a solas.*

*Porque como Moisés, muere.
No con las tablas vanas y el punzón, y el rayo en las alturas,
sino rotos los textos en la tierra, ardidos
los cabellos, quemados los oídos por las palabras terribles
y aún aliento en los ojos, y en el pulmón la llama,
y en la boca la luz.*

*Para morir basta un ocaso.
Una porción de sombra en la raya del horizonte.
Un hormiguar de juventudes, esperanzas, voces.
Y allá la sucesión, la tierra: el límite.
Lo que verán los otros.*

No vacila, no duda un momento en la victoria de la humanidad.
Acaba de cumplir los ochenta y un años.
Le deseamos muchas felicidades.

ANDRAS LASZLO